



El Director de orquesta

No hay expresión más vivida del poder que la actividad del director de orquesta. Cada detalle de su conducta pública es característico, haga lo que haga arroja luz sobre la naturaleza del poder. Quien nada suplere sobre el poder, podría deducir sus propiedades una tras otra de una atenta observación del director de orquesta. El que nunca se haya intentado tiene una razón convincente: la música, que el director provoca, parece ser la cosa principal, y se da por sentado que se va a conciertos para escuchar sinfonías. El director mismo es el más convencido de ello; su dirigir, cree, está al servicio de la música y ha de transmitir ésta con exactitud, ninguna otra cosa.

El director se toma por el primer servidor de la música. Está tan colmado por ella que simplemente no puede ocurrírsele la idea de un segundo sentido extramusical de su actividad. Sobre la siguiente interpretación nadie estaría más sorprendido que él.

El director está de pie. El erguirse del hombre tiene significado incluso como viejo recuerdo de muchas representaciones de poder. Está de pie solo. Alrededor suyo está sentada su orquesta, tras él están sentados los oyentes; llama la atención el que esté de pie solo. Está de pie elevado y es visible por delante y de espaldas. Por delante sus movimientos actúan sobre la orquesta, por detrás sobre los oyentes. Las disposiciones propiamente dichas las imparte con la mano sola o con la mano y la batuta. Con un movimiento mínimo, despierta a la vida de pronto esta o aquella voz, y lo que él quiere que enmudezca, enmudece. Así tiene poder sobre la vida y la muerte de las voces. Una voz, que durante mucho tiempo está muerta, por orden suya puede resucitar. Las diferencias entre los instrumentos corresponden a diferencias entre los hombres. La orquesta es como una reunión de todos sus principales tipos. Su disposición a obedecer permite al director transformarlos en una unidad, que entonces él representa para ellos, públicamente visible.

La obra que ejecuta, en todos los casos de naturaleza compleja, le exige la máxima atención. Presencia de espíritu y rapidez están entre sus cualidades cardinales. Debe irrumpir con la rapidez del rayo sobre los infractores de la ley. Las leyes son puestas en sus manos bajo forma de partitura. Los otros también las tienen y pueden controlar su



cumplimiento, pero tan sólo él decide, y tan sólo él juzga en el acto acerca de las faltas. Que esto suceda públicamente, visiblemente en cada uno de sus detalles para todos, da al director una peculiar conciencia de sí. Se habitúa a ser visto siempre, y cada vez le es más difícil prescindir de ello.

El que los oyentes están sentados en silencio pertenece a la intención del director, como la obediencia de la orquesta. Se construye a los auditores a estar inmóviles. Antes de que llegue el director, antes del concierto, conversan y se mueven en desorden. La presencia de los músicos no perturba a nadie, casi no se les presta atención. Aparece el director. Se hace el silencio. El se pone en posición; carraspea; levanta la batuta: todos enmudecen y se rigidizan. Mientras él dirige ellos no deben moverse. No bien se ha terminado han de aplaudir. Todo anhelo de movimiento, despertado ya acrecentado por la música, ha de contenerse hasta el final; después, sí, estalla. Se inclina ante las manos que aplauden. Por ello regresa una y otra vez, y cuántas veces las manos lo quieren. A ellas, pero sólo a ellas, está entregado, para ellas vive realmente. Es la antigua aclamación del vencedor lo que así se le brinda. La magnitud de la victoria se expresa en la medida del aplauso. Victoria y derrota devienen la forma en la que se organiza su economía espiritual. Nada fuera de ello cuenta, todo lo demás que existe en la vida de los otros se transforma aquí en victoria y

derrota.

Durante la ejecución, el director es un guía para la muchedumbre de la sala. Está a su cabeza y le ha vuelto la espalda. Es a él quien sigue, pues él da el primer paso. Pero en lugar de avanzar con el pie lo hace con la mano. El transcurso de la música, que la mano opera, está en lugar del camino que seguirían los pies. El rapta el tropel en la sala. Durante la obra entera jamás ve su rostro. Es implacable, el descanso no está permitido. Su espalda siempre se yergue ante ellos, como si fuese la meta. Si se volviera una vez, una única vez, se rompería el hechizo. El camino que recorren y, decepcionados, se hallarían sentados en una sala inmovible. Pero uno puede tener confianza; no se vuelve. Porque mientras ellos lo siguen él tiene ante sí un pequeño ejército de músicos profesionales que dominar. También aquí lo auxilia la mano, pero no sólo indica los pasos como para la gente que está detrás, sino que imparte órdenes.

Su mirada, tan intensa como sea posible, abarca la orquesta entera. Cada integrante se siente observado por él; más aún: escuchado por él. Las voces de los instrumentos son las opiniones y convicciones a las que presta mayor atención. El es omnisciente, pues mientras los músicos sólo tienen ante sí sus propias voces, él tiene la partitura completa en la cabeza, o sobre el pupitre. El sabe con toda exactitud, qué le está permitido a cada cual en cada instante. El hecho de que preste atención a todos en conjunto le confiere el prestigio de la omnipresencia. Por así decirlo, está en la cabeza de todos y de cada uno. El sabe lo que ha de hacer cada cual y sabe también lo que hace cada cual. El, la suma viviente de las leyes, actúa a ambos lados del mundo moral, por el mandato de su mano dispone lo que sucede y evita lo que no ha de suceder. Su oído explora el aire en busca de lo vedado. Para la orquesta el director representa así, de hecho, la obra entera, en su simultaneidad y sucesión y como durante la ejecución el mundo no ha de consistir en ninguna otra cosa sino en la obra, durante ese exacto lapso es el señor del mundo.